

ELLA

(...)

Palpo la limpieza social, la anestesia consentida que nos aconseja resistir sin atender, palpo argumentos que se rompen, uno a uno, retumbando en el silencio, y es todo tan tangible que una se despierta a las tres de la mañana sintiendo en el silencio el ruido de la brutalidad de sus pensamientos embrutecidos, y tampoco pasa nada porque nunca pasa nada. Pero la clarividencia a esas horas de la madrugada, la certeza sin pretexto de que todo ese ruido es mucho más importante que los libros que lees, que la música que escuchas, mucho más importante que la suma de todas las pieles que acariciaste centímetro a centímetro, la certeza de que es más importante te acerca a una verdad que no es mínimamente soportable.

Sabes que es soportable, sabes que no es soportable, pero sabes que es soportable.

Para qué le doy tantas vueltas si sé que soy capaz de soportarlo, por lo menos de día, atareada, acomodando la cama deshecha, observando los estragos del tiempo... Y quien dice observar los estragos o acomodar la cama dice cualquier cosa del tiempo o de cualquier concepto, dice acomodar cualquier cosa del tiempo o de cualquier concepto.

(...)

Con el fin de ver, inmaculada, la imagen en el *instagram*, la mujer se pone unas de esas gafas de presbicia compradas en la parafarmacia, sé que fueron compradas en la

parafarmacia porque en el estuche pone *parafarmacia*; las drogas son la puta hostia, logro, sin dificultad, ver las letras de *parafarmacia* en el estuche y no enfoco a la tía arruinada, a la niña violada, al perro abandonado ni al éxodo de viejas y, sí, la palabrita en el estuche la veo con absoluta claridad, hasta distingo una especie de reflejo en la parte interior de las letras. Tiene todo el sentido del mundo: no me abro las venas para evitar la palabra *parafarmacia* en un estuche.

No.

No es para eso.

No enfoco con la misma claridad tu cara, no enfoco nítidamente tu cara ni esa expresión de desconcierto, hasta podría ser una expresión de terror por esto que te cuento.

La mujer amplía zoom y dice *qué horror qué horror cuánto horror hay en el mundo*, se santigua para espantar no sé a quién y menea la cabeza de un lado a otro; lleva un abrigo de piel, de visón o de nutria –no soy capaz de distinguir los pellejos a no ser que sean de felino con manchas perfiladas– y se horroriza por lo que ve; es graciosa la grandísima hija de puta, pienso. Sin dejar de menear la cabeza me vuelve a llamar drogadicta e indecente y persona sin derecho a la vida y no sé cuántas cosas más que me hacen reír, me hacen reír tanto que me pide el cuerpo algo de chocolate negro.

Y no como chocolate negro porque no me da la gana, como chocolate blanco que no me apetece, o no me apetece tanto, a veces hago cosas así para probarme a mí misma y para que más tarde, a las tres de la mañana, cuando me desvele y sea consciente de que *todo* es *nada* y de que lo consistente es el silencio, el ruido en el silencio y todo lo terrible que hay en medio de ese silencio y de ese ruido en el silencio, pueda mirarme con algo de orgullo y creer que aún tengo una pizca de control, que hoy quise comer chocolate negro y no comí: comí blanco.

Sé bien que por mucha anti-revolución, por mucha droga dura que te metas, por mucha imagen deformada, siempre queda un poso de los principios que te han metido en cabeza, eso de la dignidad, de la voluntad, de la humanidad... esas cosas... y que no hay anti-revolución completa ni pura, eso lo tengo claro.

Soy drogadicta vocacional, pero no idiota.

Así que ese es mi acto de humanidad del día: quiero chocolate negro, como chocolate blanco. Y no me vengas con que esta acción tiene menos mérito que, por ejemplo, ir al gimnasio tres horas y tomar de cena agua hervida con limón, no me vengas con eso, porque querer chocolate negro y comer chocolate blanco es un acto de dignificación personal tan digno de loa como cualquier otro.

Lo del acto de dignificación lo dijo, o lo dije, o dijimos parte cada una de nosotras, con los ojos rojos y pesados, sentadas en un parque infantil calentando heroína en una cuchara comprada en los chinos, orgullosas de nuestra idea, sintiéndonos coherentes, nunca tan coherentes como ahora, nunca, de verdad que nunca, tan coherentes como ahora, desdibujando inquietudes juntas, iniciando nuestra anti-revolución casi dormidas, sintiendo los ecos de una manifestación de la que no entendíamos la protesta, podría ser cualquiera, podría ser que pidiesen el cierre de una celulosa que contamina la ría, podría ser la supresión de un ERE de alguna empresa que en vez de tener ganancias millonarias tuviese ganancias algo menos millonarias, podría ser por la sanidad pública o por la paralización de un desahucio a una madre sola con una niña discapacitada, o con dos niñas, o con cinco niñas, a mí qué me importa, a mí qué hostias me importa. A quien sí escuchamos perfectamente, ella y yo –o una de las dos que se lo contó a la otra– fue a la señora del abrigo de visón o de nutria –de felino no era– que dijo *si se pusieran a trabajar mejor les iría*, no sabíamos si iba por nosotras o por la manifestación, supusimos que era

por la manifestación porque de nosotras no sabe nada, no sabe si trabajamos o no trabajamos, puede sacar la conclusión de que no trabajamos por lo de vernos calentar *caballo*, pero sería una conclusión sacada al *tuntún*, podría ser que trabajáramos, no trabajamos, pero podría ser que trabajáramos, ella no puede saberlo, seguro que lo dice por los de la manifestación, y el razonamiento es el mismo, igual los que están en la manifestación trabajan, ella no debería hablar así, con tanta soltura, pero habla y nosotras nos descojonamos de tanta soltura.

Porque es para descojonarse tanta soltura y tanto escándalo y tanta señal de la cruz.

Es una risa.

Una risa grandísima.

La señora me recuerda a mi madre que murió hace un tiempo, aunque esto tampoco es relevante porque con el desenfoque que llevo encima todas las mujeres me recuerdan mi madre, desenfocada por absoluta necesidad de supervivencia.

Ese día, el día de la muerte de la madre, fue uno de los días revelación, se lo dije yo a ella, esto estoy segura que fui yo quien lo dijo porque la referencia era el día de la muerte y ese día es mío, propio, no es un razonamiento trasladable ni abstracto ni desenfocado ni nada de nada.

En el funeral de la madre pensaba que ojalá supiera bien lo que es el amor a la madre, me venía eso, las frases protocolarias, esas de *es ley de vida, ahora descansa*, y las más elaboradas, *os volveréis a encontrar en el cielo* me hacían gracia, pero no era hora de reír, era hora de llorar. Yo era la hija y tocaba llorar.

Ahora, encima esto, pensar en llorar, pensar en algo triste, como dicen los hombres que hacen cuando no quieren eyacular antes del momento que consideran propicio para eyacular.

Gracias, sí, es ley de vida, sí, tenía que descansar, sí, nos volveremos a encontrar en el cielo, gracias.

Me hice atea por eso, por no pensar en el cielo, si los católicos hubiesen dejado el limbo intacto podría ser que volviese al catolicismo, pero esa sarta de certezas tan *certezas* es algo que echa para atrás a cualquiera.

Pensaba, en el funeral, en el limbo y en las eyaculaciones de los hombres...

Pensaba también que la idea de salir de una vagina siempre me dio asco y concretar la vagina, más asco, no consigo tocarme el ombligo, me produce tal repugnancia que llego al vómito; sé lo que me pasa, no preciso análisis profundos ni terapias *bio-nada*. Una vez fui a un psicólogo –no por lo del ombligo, por todo en general– me puso una silla delante, me dijo que esa silla era mi madre y me invitó a que expresara los sentimientos que me producía la silla –sus palabras fueron *te invito a que expases*– me daba la risa y eso que no me drogaba en aquella época, nada, ni medio gramo, era risa natural, lo mismo que en el entierro, que me parecían graciosos, de manera natural, los comentarios sobre el cielo y encontrarnos allí y todo eso. Mi cabeza iba a mil por hora en busca de algo que decir, ¿qué querrá escuchar este subnormal? Pensaba en que cuando le haces un tajo al pescado para ponerle el limón el cuchillo lanza un sonido extraño, eso no se lo iba a decir a la silla vacía, nombré algún sentimiento inconexo, alguna incerteza, y luego describí un vestido de lunares rojos que me había regalado mi madre el día en el que cumplí doce años, el psicólogo dijo *ajá* y dale con más preguntas sobre el vestido, que cómo era, que qué clase de tejido tenía, que si era suave o áspero... Tan envuelta me vi en el asunto que acabé llorando por la pérdida del vestido, olvidando que ese vestido se lo había visto a un maniquí y que había sido lo primero que me había venido a la mente, aparte del pescado y del limón.

En el entierro, además de contener la risa, ansiaba sentir algo fuerte, morir de dolor, quedar vacía, rota, descompuesta, tener ardores de estómago de la pena, pero no pasaba nada de eso y era horrible. No pasaba nada. Era tan importante que pasara algo... Iba a volver a casa para seguir igual que estaba, pero sin madre... Igual que estaba...

Y el gilipollas del psicólogo, ante tanto problema que yo tenía, ante tanto como necesitaba saber, me dice que en la siguiente sesión –que yo sabía que no habría otra– íbamos a seguir profundizando en el vestido de lunares: sesenta euros a la mierda. Un psicólogo debería saber cuándo se está inventando una mentira. Si tuviera dinero de sobra, iría psicólogo tras psicólogo contando trolas cada vez más desaforadas a ver si las descubrían, por diversión, porque, total, se gasta el dinero en cosas menos productivas; la caja en la que enterramos a mi madre, por ejemplo, pasó de los tres mil euros, cuando fui a comprarla un señor me dio un catálogo plastificado recalcándome, antes de que escogiera, que el funeral de una madre no era momento de escatimar, que una madre fue quien nos dio la vida y que él, el que vendía las cajas –que parecía una eminencia en eso de la muerte con su traje tan negro y tan limpio y con tanta peste a alcanfor– consideraba intolerable no procurar lo mejor en el entierro de una madre. Ante tal contundencia dije *esta, me quedo con esta*, él aceptó encantado y me dio la mano muy fuerte, como si fuera una mano *sentida*, diciendo *ánimo*. Se fueron volando tres mil pavos en la caja y sesenta en el psicólogo, todo malgastado, malgastado igual que la vida, dije ese día.

Pensé. No dije nada. Pensé eso.